

Hacia un espacio de diálogo, convivencia y prosperidad

José Luís Rodríguez Zapatero

Presidente del Gobierno español

Hablar del Mediterráneo es, ante todo, hablar de ricas, complejas y permanentes relaciones a uno y otro lado de sus riberas. El Anuario del Mediterráneo, que editan el Instituto Europeo del Mediterráneo (IE-Med) y la Fundación CIDOB, nos recuerda año tras año cuáles y cuan intensas son éstas y, ante todo, toma el pulso a las necesarias interdependencias entre Europa y sus vecinos. Unas relaciones que hacen de esta región un espacio privilegiado de encuentro y vecindad entre pueblos.

El análisis de la situación en el Mediterráneo supone también la constatación de las dificultades existentes. Éstas se deben, en gran parte, a que el Mediterráneo sigue siendo un espacio de desigual desarrollo y escenario de distintas líneas de fractura: zona de frontera entre las principales religiones monoteístas, entre antiguas metrópolis y colonias, y entre norte y sur. En definitiva, a la hora de emprender un estudio riguroso de la región euromediterránea es necesario ser consciente también de que nos referimos a una región en la que se encuentran las claves de los conflictos internacionales contemporáneos.

En este punto, el elemento esencial se encuentra en los objetivos planteados por el Proceso de Barcelona impulsado por España en 1995. Se hace pues evidente la necesidad de aprovechar más y mejor los instrumentos y políticas a nuestro alcance, de manera que

avancemos en la consecución de la paz compartida que plantea la Asociación Euromediterránea.

En el año 2007, el Mediterráneo ha seguido siendo punto de mira de la atención del mundo, debido, en gran parte, a los conflictos y las tragedias que continúan en la región. La situación en el Líbano, el azote del terrorismo internacional, el conflicto entre Israel y Palestina, y la todavía pendiente solución al conflicto del Sáhara son elementos sustanciales que han teñido de sombras el año euromediterráneo.

Ante estos retos de primera magnitud, la implicación de la política española y europea en el Mediterráneo no puede ser más decidida. Estamos íntimamente convencidos de la posibilidad de un espacio de paz y prosperidad. El esfuerzo político de España va encaminado a contribuir activamente a encontrar vías de diálogo que permitan continuar con el proceso de paz en Oriente Medio. Ejemplo de ello es el compromiso de España con la misión de Naciones Unidas en El Líbano, que es factor clave para un futuro de más seguridad, de más estabilidad y de más paz en Oriente Medio.

Las sombras no conseguirán minar la firme voluntad de seguir trabajando por el Mediterráneo. Nada de lo que ocurre en esta región es ajeno a España y no dejaremos de apoyar las iniciativas que supongan un refuerzo de la cooperación en la zona. España mantiene este compromiso desde 1995, en que dejó clara su voluntad de convertirse en un actor principal en la construcción de la zona de progreso compartido que debe ser la región euromediterránea. Por su parte, Europa va a seguir contribuyendo incansablemente a

este proceso, incluyendo a los actores de la sociedad civil y privilegiando el papel de cambio y de promoción de un espacio de libertades y democracia.

La nueva etapa de la política euromediterránea que ahora se abre es la de la institucionalización y consolidación del Proceso de Barcelona. Las propuestas surgidas en la Cumbre de París de julio de 2008 deben contribuir a este propósito

El Proceso de Barcelona: Unión por el Mediterráneo ha puesto de manifiesto la voluntad decidida de seguir impulsando con renovada energía los instrumentos privilegiados con los que cuenta Europa en este contexto. El Proceso de Barcelona es el marco natural para el impulso de la política europea hacia el Mediterráneo y, de acuerdo con esta premisa, el objetivo estratégico de España ha sido siempre que actúe como verdadero centro neurálgico de las relaciones euromediterráneas. La nueva etapa de la política euromediterránea que ahora se abre es la de la institucionalización y consolidación del Proceso de Barcelona. Las propuestas surgidas en la Cumbre de París de julio de 2008 deben contribuir a este propósito a través de nuevos y más potentes mecanismos institucionales y nuevos proyectos en coordinación con las políticas de vecindad y euromediterráneas en curso. La ambición de la Unión Europea debe ser cada vez mayor y debe contar «de igual a igual» con los países de la otra orilla. Todos estamos interesados en ello.

En este contexto se hace necesario aprovechar más y mejor los instrumentos y políticas a nuestro alcance. Los Gobiernos de los Estados del Partenariado Euromediterráneo, especialmente los del norte, deben hacer una apuesta decidida por la adopción de decisiones conjuntas en ámbitos estratégicos, tales como el plano político, la cooperación económica y la integración de las poblaciones inmigrantes a través de un renovado pacto social. Los objetivos ambiciosos requieren políticas ambiciosas.

En el Mediterráneo, la cohesión económica y social constituye un elemento fundamental para el desarrollo de la región que debe verse impulsado también a través de la cooperación en el marco del Partenariado Euromediterráneo. La superación de las desigualdades económicas y sociales es una condición necesaria para la creación de un área de prosperidad compartida. Es indudable que las diferentes iniciativas surgidas de la Cumbre de París en torno a la cooperación financiera, empresarial o universitaria, entre otras, son elementos que favorecen este desarrollo. El impulso de la iniciativa hispano-italiana de la Agencia de Desarrollo Empresarial da buena cuenta del interés de España en este objetivo. Por otra parte, hay que destacar los avances en la cooperación en la gestión de las migraciones a través de diferentes actuaciones, como la puesta en práctica de los acuerdos con los países de origen, la mejora de los instrumentos comunitarios, o las conferencias regionales y multilaterales, como la Cumbre Euroafricana sobre Migración y Desarrollo, conocida como Proceso de Rabat.

Es indudable que, por nuestra proximidad, por nuestros estrechos vínculos y por la intensidad de nuestras relaciones, el Mediterráneo constituye un objetivo primordial de la política exterior española. Desde el punto de vista regional, España actúa, a través de los distintos foros multilaterales y temáticos existentes (Proceso de Barcelona, Diálogo 5+5, Foro Mediterráneo, etc.) como motor para impulsar en el seno de la UE el interés por el Mediterráneo.

Nuestro objetivo es trabajar para que el Mediterráneo supere sus conflictos y tensiones y fomentar el desarrollo de la región. Los más escépticos lo verán como algo imposible o lejano. Sin embargo, la única manera de conseguir llegar a una solución es trabajar para alcanzarla. El Proceso de Barcelona: Unión por el Mediterráneo cuenta además con instrumentos privilegiados para el diálogo y la cooperación como la Fundación Euromediterránea Anna Lindh para el Diálogo Intercultural y la Alianza de Civilizaciones, ambas herramientas de claro impulso español.

Entre todos podemos conseguir que el Mediterráneo se constituya en un espacio de diálogo, convivencia y prosperidad. La quinta edición del Anuario del Mediterráneo, el Med.2008, es una buena muestra de lo que supone este esfuerzo común.